

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

SAN CASTULO, mártir, en Roma en la via Lavicana, quien siendo camarero del palacio del emperador, como hospedase á los fieles perseguidos, fué tres veces colgado en el potro por los perseguidores, y otras tantas examinado por el juez; y perseverando en confesar á Jesucristo, lo echaron en un hoyo, que cubrieron con una gran porcion de arena, y quedó allí ahogado, mereciendo así la corona del martirio. (*Véase una noticia de su vida en las de este dia.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES PEDRO, MARCIANO, JOVINO, TECLA, CASIANO Y OTROS, tambien en Roma.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES TEODORO OBISPO, IRENEO DIÁCONO, SERAPION Y AMMONIO LECTORES, en Pentápolis, en la Libia.

LOS SANTOS MÁRTIRES MONTANO, PRESBITERO, Y MAXIMA, en Sirmio (de la España bética), los cuales fueron ahogados en un rio por la fe de Cristo.

LOS SANTOS MÁRTIRES QUADRATO, TEODOSIO, MANUEL Y OTROS CUARENTA, allí mismo.

LOS SANTOS MÁRTIRES EUTIQUIO Y OTROS, en Alejandria, los cuales en tiempo de Constancio, por orden de Jorge, obispo arriano, por defender la fe católica fueron pasados á cuchillo.

SAN LUDGERO (ó LUDGERIO), obispo de Munster, en el mismo dia, que predicó el Evangelio á los Sajones. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN BRAULIO, obispo y confesor, en Zaragoza en España. (El calendario del principado de Cataluña hace conmemoracion de este Santo el dia 18 de marzo.) (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN FELIX, obispo, en Tréveris.

SAN BRAULIO, OBISPO DE ZARAGOZA.

ENTRE los prelados sobresalientes en virtud y letras que ha tenido la Iglesia de España, uno ha sido el glorioso S. Braulio, obispo de Zaragoza, y honor inmortal de aquella respetable silla. Hay quien le hace hermano de S. Hermenegildo y de Recaredo: hay quien le da la misma ascendencia que á los santos Leandro, Fulgencio, Isidoro, y Florentina; pero la verdad es, que se ignora quienes fuesen sus padres, y solo sabemos por S. Ildefonso, que fué hermano de su predecesor Juan, que tanto brilló en el mismo obispado. Desde sus tiernos años dió muestras de la capacidad que tenia su corazon para dar asiento á las virtudes; y del talento particular que prometia feliz acogimiento á las ciencias. Uno y otro cultivó nuestro jóven, bajo la direc-



S. BRAULIO O. Y C.

cion de excelentes maestros, cuales fueron su mismo hermano y el glorioso S. Isidoro, á quien oyó en compañía de S. Ildefonso.

En tal escuela se deja conocer los admirables progresos que haria un jóven que en nada se dispaba, y que se aprovechaba con un ardor insaciable de las lecciones de piedad y de los ejemplos con que las veia practicadas. Las sagradas letras, los cánones eclesiásticos, la disciplina, y los santos padres eran las fuentes cristalinas donde bebía aquella doctrina pura y sublime que se echa de ver en todas sus cartas, y con que ilustró despues á los monarcas y á los concilios. Pero no quiso que esta ciencia fuese seca y desalinada; sino que tuviese todos los adornos y atractivos que encantan á los menos cautos, y que logran á veces efectos maravillosos, que no consigue acaso el zelo, si carece de elocuencia. Por tanto, estudió los autores profanos, tuvo conocimiento de las lenguas mas necesarias, y no despreció el furor y entusiasmo de los poetas; antes bien de todo hizo un caudal que empleó despues con ganancias á beneficio de la Iglesia y de su esposo Jesucristo. Los himnos que compuso en alabanza de los que vencieron al mundo, y aquella carta dirigida al papa, que tanto dió que admirar en Roma, son claros testimonios del alto grado en que poseyó este siervo de Dios las letras humanas y las sagradas ciencias.

Como á estos ornamentos añadía los de una virtud sólida, se hizo tan dulce y apetecible en el trato, y tan amable para todos, que se tenía por feliz el que disfrutaba su conversacion, ó aquel que lograba su correspondencia por cartas. Su mismo maestro, el gran S. Isidoro, le amaba con tal extremo, que para mitigar su ardor le escribía cartas amorosísimas y regaladas, y le enviaba donecillos. Aun siendo el Santo arcediano, le escribió una, en que le dice estas palabras: «Hijo mio carísimo, cuando recibas esta carta de tu amigo, no te detengas en abrazarla como si fuese él mismo en persona. Los que están ausentes no tienen otro consuelo que abrazar las cartas de su amado. Te he enviado un anillo y una capa: lo primero en señal de la union de nuestros corazones, y lo segundo para que cubra y resguarde nuestra amistad, que es lo que significó la antigüedad en el vocablo de que usan los latinos. Ruega á Dios por mí; y el Señor quiera moverte el corazon, de manera que merezca yo volver á verte otra vez, para que sea mi alegría viéndote tanta, como es el pesar que tengo desde que estás ausente.» Así significaba san Isidoro el encendido amor que tenía á S. Braulio, lo que prueba con claridad el grado de amabilidad á que este bendito Santo habia llegado por su ciencia é integridad de vida.

Conociéronlo bien sus superiores, y advirtiendo el tesoro que en él tenía la Iglesia, determinaron honrarle con sus dignidades, bien satisfechos de que Braulio no las convertiria en motivo de vanidad y de soberbia, sino en la edificacion y provecho de las almas. En efecto, su hermano quiso depositar sobre los hombros de Braulio una gran parte de la pesada carga que tenía siendo obispo; y así llamándole á Zaragoza, le hizo arcediano de aquella iglesia, que es decir, le dió el oficio y cargo de mas cuidado y responsabilidad que tenía toda la diócesis. En este tiempo, deseando continuar su propia instruccion, y juntamente proporcionar á los fieles los escritos mas instructivos y piadosos, solicitó de su maestro S. Isidoro que escribiese los libros de las etimologías, obra, que como afirma el mismo S. Braulio, basta por sí sola para formar el estudio de un hombre, y hacerle instruido tanto en las letras humanas, como en las divinas. Condescendió el santo obispo á las súplicas de su discípulo, y así debe reconocerse deudora nuestra iglesia y el mundo todo de una obra tan preciosa, á las reiteradas instancias de Braulio, que no pudo resistir su maestro por el sumo amor que le tenía.

Tambien le dirigió, siendo arcediano, aquel antidoto admirable contra los trabajos y tribulaciones que se padecen en esta vida; esto es, la obra de los sinónimos, en que el santo arzobispo de Sevilla introduce á la razon, dando los consejos que pueden tranquilizar sólidamente á un corazon agitado, y enseñando los medios seguros de conseguir la paz verdadera con que descansan las almas piadosas. De todo lo cual sacó nuestro Santo tan colmados frutos, que habiendo el Señor llamado á mejor vida á su hermano Juan, no se encontró sugeto mas digno de sucederle en la silla de Zaragoza. Esta eleccion se refiere comunmente acompañada del prodigio de haber bajado del cielo un globo de fuego sobre la cabeza de S. Braulio, á tiempo que en un concilio de Toledo se consultaba de dar sucesor á su hermano; oyéndose una voz que decía: *Este es mi siervo escogido sobre el cual puse mi espíritu.* Pero así este como otros sucesos maravillosos que refieren algunos modernos, carecen del apoyo de la antigüedad, por cuya causa se omiten, en la firme persuasion de que los hechos no se adivinan, ni se pueden saber sino por el testimonio de documentos fidedignos.

Sentado nuestro Santo en la silla de Zaragoza comenzó á difundir tanta luz de sabiduria y celestiales virtudes, que era la admiracion de los mas provecos, al tiempo que sus ejemplos se permitian imitar de los mas flacos. Fiel ejecutor de las reglas que prescribe S. Pablo á sus discípulos Tito y Timoteo, era sobrio,

casto, humilde, prudente y caritativo, haciéndose todo para todos. Ofreciósele buena ocasion para manifestar todas estas virtudes luego que le consagraron obispo, porque inmediatamente se vió su diócesis afligida de la guerra, de la hambre, de la esterilidad, y de su compañera inseparable la peste. Sufria todos estos males con indecible paciencia, adorando la mano invisible que con ellos castigaba los excesos de los mortales. Pero al mismo tiempo cuidaba como solícito pastor de acudir á todas partes con remedio y consuelo, para que entre tantos males ni se des-carriasen ni se perdiesen sus ovejas. Alentaba á los flacos, consolaba á los afligidos, ayudaba á los menesterosos, alimentaba á los hambrientos, y cual amoroso padre se hallaba á la cabece-ra de los enfermos y moribundos, dándoles fortaleza con sus exhortaciones, y confortando sus almas con dulces y piadosas palabras. Faltábase á sí mismo por asistir á sus súbditos, siendo tanto el zelo y la caridad con que los asistía, que no le quedaba tiempo para escribir siquiera una carta á su amigo y maestro san Isidoro.

Pero en medio de tantas borrascas y trabajos jamás desaten-dió el principal cuidado que era el de su propia santificacion, por los varios y difíciles medios que le ofrecian las circunstancias. Cuidó ante todas cosas de ejercitarse en la humildad como basa y fundamento de todo el espiritual edificio. Pocos obispos ha tenido España que hayan logrado un concepto tan ventajoso, una admiracion tan universal, y unas alabanzas tan estraordinarias; y menos todavía los que con tanta justicia hayan merecido tales alabanzas, admiraciones y concepto. Sin embargo, nada habia en la reputacion de Braulio mas despreciable que él mismo. *Siervo inútil de los santos de Dios* era el nombre ordinario que usaba al firmar las cartas; y estaba tan persuadido á ello, que á un obispo que le escribió ensalzando sus prendas y merecimientos, parece que quiso persuadirle á lo contrario; segun la eficacia con que le habla de su poquedad é insuficiencia. Si alguna vez erró, confesó llana y sencillamente su yerro, implorando el perdón y condescendencia, como se ve en una de sus cartas escrita al obispo Wiligildo, en que confiesa haber hecho mal en ordenar de diácono á un monge súbdito de este prelado, y le ruega con las espresiones mas humildes que le perdone este exceso.

A la verdad, pedia con justicia, porque una de las principales virtudes en que este Santo resplandeció, fué en el perdón de las injurias, y en la mansedumbre y sufrimiento de las persecuciones y trabajos. Todo su obispado fué una serie continua de amarguras. La reforma de los abusos introducidos, el órden

y severidad con que mantenía la disciplina eclesiástica, y el teson con que se oponía como muro fuerte á los desórdenes y relajaciones que traen consigo unos tiempos turbados con guerras y con herejías, le ocasionaron disgustos tan pesados, que nunca escribe á S. Isidoro, ni al rey Chindasvinto y Recesvinto, sin ponderar las angustias y amarguras en que estaba sumergida su alma. No obstante esto, nunca se queja de sugeto determinado; antes bien, siendo notorias las injurias que le escribió un cierto Tajon, presbítero, le responde con tal mansedumbre; con palabras tan llenas de caridad y dulzura, que manifiesta bien ser fiel discípulo de aquel que dió su sangre por los mismos que le crucificaron.

Ejercitado de este modo en sufrir las contradicciones del mundo, buscando su consuelo en Dios y su tranquilidad en la oracion, en la meditacion de las santas Escrituras y en el cuidado de su rebaño, salió escelente maestro para dar consolacion y enjugar las lágrimas de los que las vertian por las ocasiones mas funestas. Consoló á su hermana Basila en la muerte de su marido: á Pomponia en las muertes de Basila y del bienaventurado Nonito, obispo de Gerona: á Hoyon y Eutrocia en la de Hugnán, grande amigo del Santo; y últimamente, á Ataulfo, Gundesvindo y Wistremiro, que estaban inconsolables por la muerte de estas prendas muy amadas. Y esto lo hacia con tanta ternura y piedad, que la carta que escribió á Wistremiro comienza con estas notables palabras: «Sin embargo de que no es consolador oportuno aquel que por sus propias penas está sumergido en llanto; con todo eso; quisiera yo solo padecer tu dolor y el mio, á trueque de poder oír la gustosa nueva de que vivias consolado.» Que es lo mismo que desear cargar con los trabajos y adversidades de sus prójimos, por tener la dulce satisfacción de que la caridad para con ellos habia llegado al mas sublime grado.

Dos cosas le llenaban el corazón de esta tranquilidad admirable y de una superioridad decidida sobre sus angustias y las ajenas. Una era el ejercicio de la oracion, en que recibía del cielo no solamente consolaciones espirituales superiores á todo el rigor y amargura con que atormentan los trabajos del mundo; sino las luces suficientes para dar salida á los negocios mas arduos, y consejos sólidos y acertados á los que se hallaban en ocasion de necesitarlos. Otra era la santa compañía de un varón tan sabio y tan piadoso como lo era su discípulo el arcediano Eugenio, quien fastidiado de los engaños de la corte se habia retirado á hacer vida monacal en Zaragoza, dejándole á Toledo la inquietud de sus cortesanos, sus engaños y sus perfidias. Así lo confe-

só el mismo Santo en la carta primera que escribió al rey Chindasvinto, con ocasion de llamar este soberano al referido Eugenio para que presidiese en la silla de Toledo. Este golpe le llenó el corazón de tanta amargura, que no dejó diligencia por hacer para que el soberano se apiadase de la tristeza en que le sumergiria esta separacion. Ponderó su incapacidad en el ministerio de la palabra, sus quebrantadas fuerzas, las muchas turbaciones que padecia su diócesis, la necesidad que tenia de su arcediano para conservar la grey del Señor segura de los acometimientos con que pretendian ensangrentarse en ella voraces y carnívoros lobos, y últimamente le representó que estaba casi ciego, y que quitándole á Eugenio le robaban la mitad de su alma.

El piadoso rey respondió cortesmente á su carta, ponderando su erudicion, su sabiduría, su elocuencia, y concluyendo con que Zaragoza estaba bien provista de pastor con su persona, y que la iglesia de Toledo tenia justicia para pretender otro tanto en la de Eugenio. Que reconociese aquella eleccion como dirigida por el Espíritu Santo, y esperase que el justo Juez premiaria en el maestro la doctrina y santas virtudes con que habia sabido enriquecer á su discípulo, haciéndole digno de gobernar la primera silla de España. No pudo Braulio resistirse á razones tan poderosas, que iban además revestidas de toda la autoridad y poder que las daba el haber sido dictadas desde el trono; y así envió á Eugenio con tanto dolor de su alma, que se atrevió á pronosticar que seria otra vez restituido á la iglesia de Zaragoza. Pero la divina Providencia tenia dispuesto que Eugenio presidiese en la silla de Toledo, como se verificó siendo consagrado metropolitano en el año de 646, y quedando Braulio cubierto de amargura, aunque en todo resignado y conforme con las disposiciones divinas.

A proporcion de sus virtudes brillaba su sabiduría. La primera ocasion en que se dejó ver con admiracion de toda España fué el concilio IV de Toledo. Ya la fama habia publicado que era digno discípulo de S. Isidoro; pero en este concilio se le ofrecieron ocasiones de testificar que las voces con que se habia extendido y celebrado su doctrina eran todavía muy inferiores á la verdad. En cuantos puntos se trataron habló como un oráculo, pues consta que muy de antemano se preparó con un estudio activo y prolijo de cuanto en el concilio se habia de resolver; y á este fin suplicó á su maestro que intercediese con el rey para que le remitiese el código de las actas del concilio que tuvo en Sevilla S. Isidoro. Es de creer tambien, que hallándose este Santo su-

mamente débil, fatigado y enfermo, cargaria todo el peso del concilio sobre S. Braulio, y de consiguiente que tendria éste mucha parte en la disposicion de las actas y en la formacion de los cánones, ya porque su ciencia lo hacian mirar con respeto, y ya por aliviar de este modo á su amado maestro, que no tenia ya fuerzas para semejante trabajo.

Estando en este concilio, le encargó S. Isidoro que corrigiese y perfeccionase la obra de las Etimologias que poco antes le habia dirigido, bien satisfecho del Santo; ya por su sabiduría, y ya porque á instancias suyas habia compuesto la obra. En efecto, S. Braulio condescendió con las insinuaciones de su maestro, dividiendo el código en veinte libros, y purgándole de muchos defectos con que le habian corrompido los copiantes. El trabajo que empleó en esta correccion fué sin duda muy considerable, porque además de ser la obra de mucha erudicion y doctrina, tuvo S. Braulio por entonces el ánimo ocupado de amarguissimos sentimientos. Causáronlos las muertes de algunas personas amadas del Santo que ilustraban la Iglesia con sus virtudes, y eran un vivo ejemplar de perfeccion para los fieles. Tales fueron entre otros el marido de Basila, hermana suya, la misma Basila, Nonito, obispo de Gerona; y lo que es mas que todo, el mismo S. Isidoro, á quien amaba como á amigo, respetaba como á maestro, y veneraba como á santo.

Desde este tiempo comenzó Braulio á ser el único apoyo y oráculo de los concilios, y el astro brillante con que se iluminaban todos los obispos de España para dar acertadas resoluciones en los casos arduos que se les ofrecian. Poco despues de la muerte de S. Isidoro se juntó en Toledo el concilio quinto en el año de 636, en el cual se presentó nuestro Santo como un sol que despedia resplandores para la ilustracion de todas las iglesias de España. Todos los padres reconocian la superioridad de sus luces, y así ponian en sus manos las determinaciones seguros del acierto. A él se le deben los sabios cánones y decretos con que se afirma el dogma y se corrobora la disciplina, por lo cual San Ildefonso le elogió llamándole *esclarecido é ilustre en la formacion de los cánones*, como atribuyéndole los que en este concilio y el siguiente se establecieron. Este fué el sexto Toledano famoso, porque en sus cánones se hace una sólida refutation de cuantas herejías se habian condenado hasta aquel tiempo; y porque además se vindicó el honor de los obispos de España, falsamente calumniados en Roma de poco vigilantes en su ministerio.

Esta vindicacion la hizo S. Braulio comisionado por todo el

concilio, como sugeto en quien con la doctrina se juntaba la amenidad de las bellas letras, y el arte de hacer prevalecer la verdad, presentándola con todos los atractivos de la elocuencia. Al juntarse en el concilio recibieron los padres una carta del papa Honorio, remitida por el diácono Turnino, en que los argüía ásperamente de no cumplir exactamente con su ministerio, resistiendo con esfuerzo y valor á los enemigos de la fe. Por tanto, temia no se cumpliese en ellos aquella sentencia que de fieles custodias de la grey de Jesucristo, los condenaba por unos perros mudos, que no tenian ánimo para ladrar siquiera contra los lobos carniceros. Sintieron los padres una reprension tan severa del pastor de la Iglesia universal; y fué tanto mayor su sentimiento, cuanto estaban mas seguros en su conciencia de haber cumplido exactamente con su cargo, condenando los errores, oponiéndose vigorosamente á las novedades, y llenando completamente las obligaciones de obispos vigilantes y zelosos. Su mucha virtud no pudo hacerse desentendida de los perjuicios que trae consigo una calumnia cuando llega á encontrar abrigo en el pecho de un superior. Determinaron, pues, prevenir las funestas consecuencias, desengañando al santo Padre de las falsedades que le habian sugerido; y para este efecto le remitieron copia de las actas de los concilios anteriores, juntamente con una carta escrita por S. Braulio, de la cual dice el arzobispo D. Rodrigo, que causó grande admiracion en Roma por la hermosura de su estilo y la gravedad de sus sentencias. En ella le hace ver al pontífice el zelo y esmero con que tanto el rey Chintila como los obispos de la península cuidaban de mantener en toda su pureza la doctrina de Jesucristo. Se hace cargo de que es propio de su oficio pastoral dirigir semejantes avisos á todas las iglesias; pero al mismo tiempo que lo es tambien no dar fácil entrada, ni creer con precipitacion las delaciones que se hacen contra un cuerpo de obispos tan respetable. Le propone el ejemplo de esta cautela en ellos mismos, quienes, aunque habian oido decir que el romano pontífice permitia volver á sus ritos supersticiosos á los judíos que habian recibido el bautismo, de ninguna manera habian dado asenso á semejante nueva, suponiéndola muy ajena de la firmeza y santidad de aquella piedra sobre que Cristo habia fundado su Iglesia. Y últimamente le ruega que ayude con sus oraciones, para que el Señor proteja la salud y buenos propósitos, tanto del rey piadoso, como de unos obispos que de acuerdo con él velaban sobre el depósito de la fe.

No brillaba menos su portentosa sabiduria fuera de los concilios, y así recurrían á Braulio los obispos, los reyes, presbíteros

y todo género de personas, como á una fuente de doctrina y de prudencia en donde hallaban la solucion de sus dudas, y consejos acertados en los negocios mas arduos y difíciles. Luego que Eugenio fué promovido al arzobispado de Toledo se halló embarazado con algunos casos de tan difícil solucion, que no se atrevió á resolverlos por sí mismo, sino que pidió á nuestro Santo le aconsejase lo que debia hacer, contemplando que de su doctrina no se podia esperar otra cosa que el acierto. Habia encontrado un presbítero fingido que ejercia las funciones del sacerdocio sin haber recibido realmente este orden sagrado. Halló algunos diáconos que acostumbraban administrar el sacramento de la confirmacion; y últimamente halló presbíteros, que no contentos con confirmar, se atrevian á consagrar el óleo y bálsamo para la confirmacion. Sin embargo de los muchos cuidados, tristezas y amarguras que por entonces le oprimian, responde á todo con gran copia de doctrina, rogando al mismo tiempo á Eugenio humildemente, que si hallaba algun defecto en sus respuestas, le corrigiese y le avisase para corregirle él mismo.

La grande obra de asegurar la tranquilidad del reino, haciendo que á Chindasvinto sucediese Recesvinto en la corona, fué tambien fruto de la sabiduria y alta consideracion que Braulio tenia en todas las jerarquias de la nacion, y en la estimacion del mismo rey. Se habian experimentado varias turbaciones y excesos en las elecciones de monarca. Con prevision de la muerte de Chindasvinto se iban ya fomentando facciones por personas tumultuarias y ambiciosas, que aspiraban al trono por medio de la tiranía. Los españoles fieles y sensatos previeron que costarian mucha guerra y sangre semejantes turbulentas intenciones; y así procuraron poner en tiempo el remedio á los males que amenazaban, solicitando que Chindasvinto, no solamente declarase á su hijo heredero de la corona, sino que le asociase en el reino, dándole el título y potestad de rey antes de su muerte. Pero un negocio tan arduo necesitaba para tratarse y conseguirse de una mano maestra, que supiese manejar todos los medios de la prudencia, de la política y de la razon. Pusieronlo todo en las de Braulio, de cuya sabiduria, autoridad y santidad no dudaron que haria el rey todo el aprecio que esperaban. En efecto, escribió el santo obispo á Chindasvinto una carta en que despues de representarle el amor y fidelidad de sus vasallos, las calamidades y turbaciones á que quedarian espuestos si no se prevenian oportunamente los artificios de la ambicion, llega á proponerle temeroso y esperanzado el medio que los españoles deseaban. El efecto de esta carta fué nombrar á Recesvinto sucesor

del reino, y rey juntamente con Chindasvinto mientras á éste le durase la vida.

Despues que Recesvinto subió al trono, encargó á S. Braulio la correccion de un códice que estaba tan falto y mendoso, que aseguró el Santo que le hubiera sido de menos trabajo el escribirle de nuevo. Por tanto, despues de haber hecho algunas correcciones, se le volvió al rey, alegando que sus muchos años, sus enfermedades, la falta de vista, y las amarguras que le hacian padecer los espíritus discolos é inquietos, le hacian tardar demasiado, y casi desconfiar de la conclusion de la obra. Pero el piadoso monarca, conociendo quanto valia el trabajo de un varon tan consumado en letras y virtudes, no quiso desistir de su empeño. Consolóle en sus trabajos; alentóle con la esperanza de que el Señor, por cuya causa trabajaba, le infundiria nuevo vigor y nuevas fuerzas; y últimamente, que solamente de su elocuencia y sabiduría esperaba la conclusion de aquella obra. Cedió el Santo á las honoríficas y piadosas insinuaciones del monarca, y concluyó la obra, remitiéndola con las humildes espresiones de que « si algun yerro se encontraba en ella, debia atribuirse á la cortedad de sus luces; y por el contrario, todos los aciertos debian atribuirse á la gracia particular de aquel Señor que habia sabido desatar la lengua del animal mas rudo para que hablase cuando convenia »

Unos trabajos tan pesados y tan continuos; las inquietudes y detracciones que le hicieron padecer los enemigos de la virtud; el zelo y vigilancia con que miraba la salvacion de sus ovejas, y las muchas enfermedades que padeció pusieron término á su preciosa vida, cuyo fin le obligaban á mirar con gusto las amarguras con que la pasaba, como afirma en la primera carta que escribió á Chindasvinto. Sucedió su muerte por los años del Señor de 651; siendo llorada de todos los buenos que conocian que en S. Braulio habia perdido la Iglesia de España un ministro fiel, un obispo zeloso, un doctor sapientísimo, un padre amoroso y un sacerdote santo. Su venerable cuerpo fué sepultado en la iglesia de Sta. Maria la mayor, que hoy se llama del Pilar, en donde por la miseria de los tiempos siguientes llegó á estar sin veneracion y desconocido por mas de seiscientos años. Pero Dios, que quiere sean veneradas las reliquias ó sagrados despojos de sus siervos, reveló al obispo D. Pedro Garces de Januas el sitio donde reposaban las del Santo, desde donde con grande veneracion fueron trasladadas al altar mayor de la iglesia del Pilar, en donde los fieles las veneran. Escribió la vida de S. Millan; un índice de las obras de su maestro S. Isidoro;

la vida de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta; y muchas epístolas llenas de uncion y sabiduria, que son un depósito de instruccion para los fieles, y un testimonio de los grandes trabajos que padeció S. Braulio por el amor de Jesucristo y de su esposa la Iglesia.

SAN CASTULO, MÁRTIR.

Como los emperadores gozan de todos los regalos y conveniencias de este mundo; así es forzoso tengan quien los sirva, asista y corteje. Diocleciano, que en nada cedió á los demás emperadores, tuvo, entre otros muchos nobles de su familia, á Castulo, tan de su afecto y satisfaccion, que era de los que mas acerca asistian á su imperial persona, sirviéndole como su mas íntimo sumiller de corps, ó camarero; que quien le fiaba su amistad, bien podia fiarle su persona dormida y sola. Era Castulo cristiano secretamente, y no se declaraba, por no perder la ocasion que viviendo oculto tenia de favorecer y amparar á los cristianos: lo cual podia fácilmente por la mucha mano y amistad que tenia con su amo el emperador.

Entre otros muchos cristianos, á quienes favoreció y amparó con amor y caridad cristiana, fueron de él con particular cuidado asistidos, el santo pontífice Cayo, Marceliano y Marcos, diáconos, y su padre Tranquilino, presbítero. Pero como el tiempo sea voltario, y las cosas por ocultamente que se hagan, no pueden estarlo tanto que dejen de saberse algun dia, y mas viviendo en aquellos tiempos los idólatras con tanto cuidado y deseos de hallar cristianos en quienes emplear sus crueldades y rigores; vino al fin á descubrirse, como Castulo era cristiano, y gran favorecedor y amparador de los cristianos: por lo cual fué preso, sin que le valiese la inmunidad del imperial palacio, en que vivia, ni el estimarle el emperador como á fiel criado y amigo; porque con el nombre de cristiano todo se borraba para con aquellos tiranos. Fué examinado en tres audiencias públicas; pero hallado tambien tan constante y firme en la fe de Jesucristo, y confesion de su santísimo nombre; furioso el juez, lo hizo bárbaramente poner en una hoya profunda, y que le llenasen de arena y argamasa: con que, quedando en ella sepultado su cuerpo vivo, fué su felicísima y bendita alma aposentada en el alcázar y palacio celestial del emperador supremo Cristo Jesus, donde fué recibida con festivos y angélicos cánticos, y coronada de eterna gloria. Fué su martirio y pasion gloriosa á los 26 de marzo, por los años del Señor de 286, imperando el ya nom-

brado Diocleciano. Escribieron su vida y martirio Beda, Usuardo, Adon, Pedro de Natalibus in *Cathalogo lib. 5. cap. 251.* Sannoro, el Martirologio romano, Baronio en sus Anotaciones, y otros.

El silencio es virtud, que tiene su aprobacion y canonizacion por el mismo Dios; pero el dejar de hablar á su tiempo tambien fuera vicio: uno y otro se ha de regular por la prudencia. Grande fué la que mostró el invicto mártir de Jesucristo S. Castulo: pues con ella supo tener en silencio todo el tiempo que le pareció convenia para ser cristiano; mas despues que vió que tambien convenia hablar, habló tanto y tan divinamente en la confesion de la fe, que siendo preso por su silencio, fué ahogado por su hablar, mereciendo por uno y otro la corona del martirio, y dejándonos enseñados á callar, y hablar á su tiempo; sabiendo, que, imitándole siempre, le tendremos intercesor en la gloria, donde le veamos. Amen.

SAN LUDGERIO Ó LUDGERO, PRIMER OBISPO DE MUNSTER.

SAN Ludgerio, originario de Frisia, y de familia ilustre entre las más distinguidas de todo aquel pais, nació al mundo por los años de 743. Su padre Triadgrin y su madre Lifeburga, reconociendo en el niño Ludgerio particular inclinacion á la virtud, y bellas disposiciones para las letras, le enviaron á Utrech siendo de edad de trece á catorce años, para ser educado en la escuela del misionero S. Gregorio, discipulo de S. Bonifacio mártir.

Estaba dotado Ludgerio de excelente ingenio, natural dócil, de modales gratos, de un aire apacible, de un corazon noble, y como naturalmente inclinado á todo lo bueno. Con tan felices disposiciones, en poco tiempo hizo admirables progresos en la ciencia de los santos, y en el estudio de las letras humanas. Acompañó á Aluberto cuando fué á consagrarse por obispo á Yorek, y recibió en aquella ciudad el orden de diacono. Empeñado ya mas particularmente en el servicio de la Iglesia, aspiró con mayor aliento á la perfeccion, y se aplicó con nuevo fervor á adquirir las virtudes eclesiásticas y religiosas propias de su estado. Consiguiólo con ventajas; y bien informado Alberico, sucesor de S. Gregorio, del extraordinario mérito de nuestro Santo, le envió al país de Over-Isel á renovar la cristiandad de Deventer, que los sajones gentiles habian arruinado despues de la muerte de su fundador y primer apóstol S. Lebwín. Hizo en poco tiempo S. Ludgerio cuanto se podia esperar del fervoroso zelo de un apos-



S. LUDGERIO O.